

Gabriel Jesús Cerdá Escuder, Antiguo Alumno



VIERNES SANTO 2009

2ª Palabra: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lc. 23,39-43).

Externamente la escena que contemplamos es atroz. Jesús fue crucificado: sus manos y sus pies taladrados con grandes clavos y fijados a la cruz. Jesús forma como un todo con ella. Jesús y la Cruz, la Cruz y Jesús.

Los soldados se esfuerzan para colocar el palo transversal de la cruz y encajarlo en el palo vertical. Lo han conseguido. Cada movimiento de la cruz era una sacudida dolorosísima que recorría todo el cuerpo debilitado, deshidratado... de Jesús.

Cristo crucificado fue colocado en medio de dos malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda. En estas circunstancias, uno de los ladrones le decía insultando: "¿No eres el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros", mientras el otro reconociendo su propio pecado le pedía a Jesús: "Acuérdate de mí cuando estés en tu reino".

Jesús correspondió a la fe del buen ladrón asegurándole: "En verdad, en verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso".

No es cualquiera quien pronuncia estas palabras, esta promesa, es el mismo Camino hacia el paraíso y la Puerta a la vida nueva, con autoridad puede darnos este mensaje de esperanza. Hasta el último momento Jesús se preocupa por aquellos excluidos y marginados de la sociedad.

A nosotros no nos es debido contradecir la Palabra de Dios, debemos velar por darle cumplimiento, por allanarle el camino. Pero ¡NO!, por lo general hacemos lo contrario, en lugar de abrir las puertas de

paraíso, se las cerramos en la cara a aquellos a quienes Jesús mismo invitó y llamó. Condenamos a aquellas personas que no tienen el mismo color que nosotros, la misma ideología política, la misma condición social y cultural.

Nuestras comunidades no se salvan de esta acusación, porque muchas veces le cerramos la puerta a los demás tan solo por ser diferentes, o tantas otras veces que recibimos a alguien pero no le damos su lugar.

Necesita la Iglesia comenzar de nuevo, volverse a los que quieran sentarse a la mesa del reino, que está puesta para todos. El asunto en verdad es muy sencillo: Jesucristo abrió una vez los brazos en la Cruz y no ha vuelto a cerrarlos jamás.

Ojalá seamos nosotros y nuestras comunidades los destinatarios de este mensaje esperanzador del Maestro, porque para la conversión, para volver la vista hacia Dios... nunca es tarde.